

información nacional

DECLARACIONES DE JOAQUIN GARRIGUES WALKER

"TRATAR DE RESOLVER EL PARO SIN ATAJAR LA INFLACION ES PURA DEMAGOGIA"

"La productividad de la empresa española debe ser en estos momentos la más baja de Europa"

PARTIDARIO de la amnistía total, del mantenimiento del orden público «en cualquier circunstancia y a cualquier precio», y de una política económica que viene a ser un auténtico Plan de Estabilización, Joaquín Garrigues expone en esta entrevista —importante por su inusual franqueza— algunas de sus preocupaciones de hombre de Gobierno. A sus cuarenta y tres años Joaquín Garrigues es uno de nuestros políticos más «profesionales» en el sentido de que siempre sabe lo que quiere, y con cierta frecuencia encuentra la forma de conseguirlo. Ideológicamente, el actual ministro de Obras Públicas y Urbanismo personifica la imagen de esa derecha democrática que quiere para España las mismas cosas de bienestar y libertad conquistadas en las sociedades más progresistas del mundo occidental.

—Se habla continuamente de crisis en el Gobierno. ¿Por qué cree que el actual Gabinete no está respondiendo a las esperanzas que suscitó en su día?

—El actual Gobierno ha heredado problemas complejimos del pasado inmediato. Hemos vivido el tránsito de un Estado totalitario a un Estado democrático en cuestión de meses y con una economía terriblemente deteriorada. El Gobierno debe realizar además su labor —por primera vez en cuarenta años— sometido a la presión diaria de la crítica en los medios de comunicación y en un Parlamento en el que, también por primera vez, existen fuerzas ideológicas que defienden un modelo distinto de sociedad y de Estado.

En el Gobierno estamos hombres con más afinidades que diferencias ideológicas, pero de muy diversos orígenes políticos. Hace falta tiempo para conseguir un grado óptimo de cohesión. Creo, de todas formas, y con la salvedad de mi persona, que sería difícil encontrar un equipo con mayor prestigio, tanto político como técnico. Hemos cometido indudables errores y no le hemos presentado al país la gravedad de la situación económica, pero estamos todavía a tiempo de tomar la iniciativa y de gobernar sin complejos, porque no hay duda de que hemos ganado las elecciones.

«LA SOCIALDEMOCRACIA SOLO PUEDE SER EL SOCIALISMO»

—El Gobierno ha definido su línea política como de centro-izquierda y, sin embargo, fue la derecha la que votó a la U. C. D....

—Es pronto aún para dibujar las fronteras entre los partidos y saber qué porción del electorado corresponde a cada uno. En general se votó por el cambio y todo el espectro quedó lógicamente desplazado hacia la izquierda. Nosotros recogimos indudablemente muchos votos de la derecha, pero también nos votaron muchos sectores liberales y progresistas que no querían socialismo. Pienso que en el futuro, cuando desaparezca de Alianza Popular el protagonismo de hombres tan vinculados al autoritarismo anterior, la derecha y el centro podrían colaborar en una opción de Gobierno opuesta al socialismo marxista. En estos momentos, sin embargo, esa colaboración es impensable, porque la barrera que representan esos hombres es infranqueable.

—Pero los últimos acontecimientos parecen reforzar la tendencia socialdemócrata dentro de la U. C. D....

—Con absoluto respeto hacia mis compañeros socialdemócratas yo pienso que la

socialdemocracia en España, si es que triunfa, no puede ser otra cosa que el socialismo. O, dicho de otra forma, es el P. S. O. E. quien de hecho debe ser el gran partido socialdemócrata, el gran partido que represente el socialismo democrático. Hasta ahora la fuerte carga marxista del P. S. O. E. ha sido un obstáculo para muchos socialdemócratas. Yo creo, por poner un ejemplo, que las vacilaciones de Miguel Boyer en su ir y venir de la socialdemocracia al P. S. O. E. son representativas de lo

«Es preciso que nuestro electorado sepa lo que defendemos, sin temor de que no le guste al P. S. O. E.»



Joaquín Garrigues

que les ocurre a muchos españoles que quieren ser socialistas, pero que no son marxistas. Yo diría que los socialdemócratas y los liberales en U. C. D. tenemos que formar el sector más progresista del partido.

Todas estas circunstancias crean tensiones en el seno de la U. C. D. y también en el seno del P. S. O. E. Pero no tenemos por qué sorprendernos ni alarmarnos. Estamos todos aprendiendo las reglas de la democracia y tardaremos todavía algún tiempo hasta que cada quién sepa exactamente lo que defiende y lo que rechaza.

—Un problema constante desde hace meses: la amnistía.

—Sin la concesión de una amnistía total en todos los frentes que ponga fin definitivamente al paréntesis de excepción abierto por la guerra civil será muy difícil, por no decir imposible, el restablecimiento del orden público en este país.

—¿Y a partir de ese momento?

—A partir de ese momento, un nuevo Estado democrático está más obligado que ningún otro a mantener el orden público en cualquier circunstancia y a cualquier precio. Nadie como un Gobierno democrático tiene tanta autoridad y tanto respaldo para tomar las medidas necesarias. En nuestro país el clamor acumulado de tantos años por las libertades individuales y colectivas está primando sobre el orden público, pero habría que recordar una vez más que en un clima de inseguridad personal es imposible ejercitar dichas libertades. Es preciso terminar cuanto antes con esas situaciones de tolerancia que suponen una erosión diaria del principio de autoridad. Pero, repito, que hay que empezar por la amnistía.

«LA OPCION DE SUAREZ NO ESTA GASTADA TODAVIA»

—¿Cómo paliar el deterioro de la imagen de las Fuerzas de Orden Público en el seno de la sociedad?

—Tendríamos que empezar por revisar el concepto de autoridad, no sólo en lo que se refiere a las Fuerzas de Orden Público, sino en la sociedad española en general. Yo diría que durante muchos, demasiados años, el Estado ha ido transmitiendo a la sociedad española en su conjunto unos modos de comportamiento totalitarios. Y los españoles tendemos ahora en gran medida a ejercer el poder en nuestras respectivas parcelas de acuerdo con ese modelo. Es en este ámbito en el que los liberales, y hablo en sentido amplio, tenemos algo muy importante que hacer. Tenemos que trasladar a la sociedad una nueva imagen del ejercicio de la autoridad compatible con el respeto y protección de las libertades públicas.

—La imagen del presidente Suárez está muy deteriorada. ¿No es ya hora

de que surjan nuevas alternativas de liderazgo en los sectores no marxistas?

—Adolfo Suárez es en estos momentos el único hombre que dentro de la Unión del Centro Democrático posea capital político suficiente como para ejercer las funciones de presidente del partido y presidente del Gobierno. Y ese capital lo ha acumulado en un tiempo récord, porque ha sabido desarrollar una operación política como muy pocos hombres, sometidos a las presiones a las que ha estado sometido él, hubieran sido capaces de hacerlo. Que ese mismo esfuerzo tan fenomenal le haya desgastado no puede sorprenderle a nadie, porque el Poder evapora siempre. El Poder hay que hacerle perdonar constantemente. Máxime en un país como el nuestro, con tantas virtudes, pero con el defecto capital de la envidia. Yo diría que en España el éxito es «perseguido de oficio», y Adolfo Suárez ha tenido un éxito espectacular. Por eso no sólo en otros partidos, sino en el propio contexto de las fuerzas políticas y sociales que le han votado hay hombres que pretenden minimizar sus logros y dan por terminada su tarea.

Yo creo, pues, que la opción de Suárez no está gastada todavía y que su imagen se puede fortalecer si afronta sin vacilaciones la grave crisis económica.

Suárez y la U.C.D. necesitan perfilar su imagen de forma inequívoca. Es decir, que nuestro electorado sepa exactamente qué es lo que defendemos, sin temor alguno de que no le guste al P. S. O. E. o a cualquiera de nuestros adversarios políticos.

El liderazgo de Suárez estará lógicamente limitado en el tiempo, tal y como es usual en los regímenes democráticos. Pero yo pienso que ahora debemos apoyarle, puesto que sigue representando la opción más segura de cara a la consolidación de la democracia.

—¿Cuál debe ser el ritmo de actuación gubernamental en materia de autonomías en el período anterior a la aprobación de la Constitución?

—En el planteamiento de las autonomías hay quienes siempre ven el fantasma del separatismo. Y, sin embargo, la democracia pasa inexorablemente por las autonomías. Cuando los nexos jurídicos y políticos entre los distintos pueblos de España queden bien trabados el Estado resultante será mucho más libre, eficaz, próspero y solidario. Frente al temor de que los catalanes y vascos se separen de España hay que crear el clima de que sean ellos precisamente quienes promuevan como el que más la identidad de España. Y eso yo pienso que sólo se puede conseguir cuando no se vean amenazados en su catalanismo o en su vasquismo.

En cuanto a la forma de hacerlo yo creo

"EN ESTOS MOMENTOS NO ES POSIBLE NI ACONSEJABLE PLANTEARSE EL TEMA DE LAS HOMOLOGACIONES INTERNACIONALES"

que todos estamos de acuerdo en que los Estatutos de Autonomía sólo pueden concederlos las Cortes de la nación. Las fórmulas preautonómicas que se barajan como paso intermedio son una solución política de urgencia y deben ser apoyadas por todas las fuerzas políticas. Los puristas del Derecho Constitucional podrán criticar el procedimiento, pero en la vida política hay que tomar a veces decisiones menos «puras» de lo que los expertos en leyes desearían.

□ «EN UN PARTIDO TIENE QUE MANDAR ALGUIEN

—¿Es usted partidario de que la Constitución contenga una definición expresa de la Monarquía como forma de Gobierno?

—Indudablemente, sí. En este punto no caben vaguedades ni ambigüedades, porque ello implicaría dejar pendiente una espada

de Damocles sobre la vida pública del país. Y pienso que mis palabras pueden tener un valor especial, puesto que en múltiples ocasiones me he declarado «accidentalista». Pero no puedo olvidar que el cambio político ha sido sólo posible por la inequívoca actitud de la Corona. Sin la persona de Don Juan Carlos la situación del país sería en estos momentos muy diferente. No porque fuera de derechas o de izquierdas, sino porque la transición sin un árbitro tan neutral, hábil y tenaz como ha sido él habría engendrado un trauma impensable.

—¿Está usted satisfecho con el carácter unitario y presidencialista que se pretende imprimir a la Unión de Centro Democrático?

—Todos los grandes partidos del mundo son unitarios. No creo que seamos capaces de construir una opción de centro consistente frente a otras alternativas de Poder, sino siempre y cuando sea a base de un único partido. Ahora bien, eso exige un margen de tiempo para que se decanten las distintas tendencias que luchan por la supremacía y se adopte una línea ideológica común y coherente. Es absurdo pensar que en tres o cuatro meses la U.C.D. pueda conseguir una homogeneidad que ni siquiera tienen partidos con mucha mayor tradición histórica. Aquí tenemos todos que aprender a convivir dentro de un mismo partido sin romper la baraja cuando se presenten las primeras dificultades.

En cuanto a la estructura de la U.C.D., particularmente me inclino porque sea un partido presidencialista. Trasladar a la organización de un partido político la vida parlamentaria sería un error gravísimo. En un partido, como en definitiva en un país, alguien tiene que mandar. Ahora bien, la forma de alcanzar el Poder y la forma de perderlo y los límites de su ejercicio deben estar lo suficientemente institucionalizados de tal suerte que no exista el riesgo de que se convierta en un poder dictatorial. En el caso de la U.C.D. se ataca al presidencialismo, porque en realidad es a Suárez a quien se ataca. Se olvida que el titular del cargo es transitorio y que lo que importa es dejar una estructura que sea eficaz para el partido.

—¿Cuál es la postura de los liberales

ENTREVISTA

¿Dentro de la U.C.D. con respecto a la homologación internacional?

—En estos momentos no es posible ni aconsejable plantearse el tema de las homologaciones internacionales. De hecho estamos sufriendo las presiones de las respectivas Internacionales, porque España va a ser un país con un gran peso específico en el Parlamento Europeo y, en general, en la vida política europea. Pero ni la Democracia Cristiana puede ser ya un factor dominante en la vida política española, ni los liberales contamos con el apoyo mayoritario de quienes han votado a la U.C.D., ni los socialdemócratas pueden encontrar homólogos en Europa, habida cuenta que, como ya he dicho, la socialdemocracia es el socialismo; es decir, que el tema de la adhesión a una u otra Internacional puede

**«AL DERECHO DE HUELGA LE
CORRESPONDE LA POSIBILIDAD
DEL EMPRESARIO DE PRESCIN-
DIR DE AQUELLOS TRABAJA-
DORES CUYO RENDIMIENTO NO
SEA SUFICIENTE»**

aparecer en los próximos meses con mayor o menor frecuencia en la Prensa, pero no estamos en condiciones de resolverlo por ahora. Y así parece que lo van comprendiendo nuestros amigos europeos.

□ «LA TENTACION: SEGUIR TRAMPEANDO»

—Pasemos a la esfera de la economía. ¿Cuáles son las verdaderas dimensiones de la crisis?

—La crisis, como ha dicho el propio vicepresidente Fuentes Quintana, es gravísima, porque el país no puede seguir viviendo con una inflación creciente tan aguda sin poner en riesgo, no ya la continuidad del actual Gobierno, sino la propia subsistencia de nuestra recién estrenada democracia. Es decir, vivimos, sin exagerar, en una auténtica situación-límite.

—Son palabras muy graves. ¿Comparte el Gobierno en su totalidad un diagnóstico tan crudo?

—Digamos que soy yo el que comparto esa preocupación del profesor Fuentes y del ministro de Hacienda, Fernández Ordóñez. Y, desde luego, el Gobierno es consciente de la gravedad de la situación, pero en razón de las circunstancias políticas tan aceleradas que vivimos no hemos sabido o no hemos podido transmitir esta preocupación al país. Sin embargo, el país empieza a comprender que la crisis es muy grave, pues cada día los efectos cotidianos de la crisis son más evidentes.

—Pero, insisto, su postura me parece aterradoramente sombría. ¿A caso no nos quedan soluciones?

—Mire usted, la tentación de los políticos ante una crisis de esta envergadura puede consistir en seguir trampeando. En aplicar unos cuantos parches que nos permitan seguir tirando a la espera de una especie de milagro que resuelva la situación. Y yo creo que esto precisamente es lo que hemos venido haciendo desde la crisis del petróleo.

Es decir, la solución existe. Lo que ocurre es que hay que aplicarla sin vacilaciones y asumiendo su coste político. En otras palabras, quienes estamos en el Gobierno y en el Parlamento deberíamos por un momento olvidar nuestro propio futuro político y hacer lo que creemos que es mejor para el país.

—Partiendo de esa premisa, concretamente entonces, cuál es la alternativa.

—Yo diría que el gran objetivo de la política económica del Gobierno es acabar

«EN ESPAÑA EL ÉXITO ES 'PERSEGUIBLE DE OFICIO' Y ADOLFO SUAREZ HA TENIDO UN ÉXITO ESPECTACULAR»

con la inflación. Porque en la inflación está la causa primera del desempleo y del paro. Tratar de resolver estos graves problemas sin atajar la inflación es pura demagogia. Sin atajar la inflación, además, se acumularía un potencial de paro para el futuro superior al actual.

—No creo que ni el Partido Comunista ni el Partido Socialista Obrero Español compartan esa línea de prioridades...

—Tendrían que compartirla si es que pretenden actuar en el seno del mismo sistema político y económico en el que actuamos nosotros. Es decir, en el de la economía social de mercado y la democracia formal. Otra cosa distinta es que sus clientelas les fueren a otra línea de actuación política, que sería, en mi opinión, contraria a sus intereses reales. Yo recordaría simplemente los resultados obtenidos por la política estabilizadora del laborismo inglés.

—¿Qué es lo que habría que hacer exactamente? Repasemos las distintas esferas de acción económica...

—De acuerdo; seguiremos el esquema expuesto por el profesor Fuentes Quintana al país, que no es sino el programa del Gobierno.

—Muy bien: política de rentas salariales.

—Los salarios no pueden seguir creciendo al ritmo de los últimos años. (El Gobierno ha establecido un tope que no puede ser rebasado.) Hay que ser absolutamente inflexibles al respecto. El Gobierno deberá dar ejemplo con las empresas del sector público y con laudos que dicte a través del Ministerio de Trabajo, pero los empresarios y trabajadores del sector privado tendrán que tener en cuenta que si suscriben convenios por encima de ese porcentaje, será a costa de su propia supervivencia económica. Es decir, para entendernos, el techo de los créditos bancarios tendría que reducirse y las empresas atravesarían aún mayores dificultades de financiación.

□ «PRODUCTIVIDAD: LA MÁS BAJA DE EUROPA»

—¿Cuál debe ser entonces el objetivo en materia de política monetaria?

—El que está persiguiendo el Gobierno. Se trata de que los créditos tampoco aumenten por encima del tope señalado por el Gobierno con respecto al año anterior.

—Sin embargo, este límite está creando graves dificultades a muchas empresas y algunas no podrán resistirlo.

—Vayamos por partes. Ese límite sólo creará graves dificultades a las empresas si las rentas salariales no moderan su crecimiento. Si por el contrario, hay moderación, la política monetaria restrictiva será encajada por el sistema económico sin traumas apreciables.

—¿Y la política laboral? ¿Qué hacemos con la política laboral?

—En esta parcela existen como se sabe tres parcelas fundamentales: la regulación de la huelga, la regulación de la acción sindical y la regulación del despido. Nada nos queda por inventar al respecto. Al derecho de huelga le corresponde la posibilidad del empresario de prescindir de aquellos trabajadores cuyo rendimiento no sea

«LOS ESPAÑOLES NO TRABAJAMOS COMO SE TRABAJA EN SUECIA O EN ALEMANIA Y, SIN EMBARGO, QUEREMOS VIVIR COMO EN ESTOS PAÍSES»

suficiente. En este campo caben fórmulas válidas que evitan el estrangulamiento de la empresa a causa de la rigidez de las plantillas que, por otra parte, se aplican en toda Europa.

—Hablando de rendimiento, ¿no es acaso la baja productividad uno de los males endémicos de nuestra economía?

—Desde luego, la productividad de la empresa española debe ser en estos momentos la más baja de Europa. Nadie mejor lo sabe que los propios trabajadores españoles que, desgraciadamente, han tenido que encontrar un puesto laboral en otros países. Los españoles no trabajamos como se trabaja en Suecia o en Alemania y, sin embargo, queremos vivir como en estos países. Existen por supuesto algunos sectores cuyo esfuerzo y dedicación resultan admirables. Pero de todas formas a mí me resulta difícil comprender las actitudes laborales o sindicales que en las actuales circunstancias defienden las reducciones horarias y la prolongación de las vacaciones. Como si no fuera de por sí suficientemente grave ese fenómeno tan nuestro que es el absentismo laboral. Pero tengo que decir al mismo tiempo que no es precisamente ejemplar el comportamiento de nuestras clases dirigentes que siguen haciendo ostentaciones de un lujo y un bienestar que tampoco se corresponden con las circunstancias del país y que olvidan que ellos son los más gravemente responsables por esa falta de ejemplo.

—Pasemos a otros ámbitos: política presupuestaria, política fiscal, política de precios.

—El gasto público debe frenarse a toda costa, pues es otra de las causas más importantes de la inflación. En materia fiscal la política enunciada por el ministro de Hacienda es suficientemente expresiva de nuestros propósitos. En materia de precios no soy de los que creen en la eficacia reguladora de la burocracia del Estado. Si los precios siguen subiendo es porque aún estamos digiriendo la devaluación del mes de julio. La tendencia de los precios será a la baja en el momento en que dominemos las causas de la inflación.

—¿Y esa Seguridad Social que tanto preocupa a los empresarios y cuyo funcionamiento tanto critican los trabajadores?

—Yo creo que la política del Gobierno en esta parcela es inequívoca. Hay que contener también el coste de la Seguridad Social y controlar su presupuesto desde el Ministerio de Hacienda.

—Todo esto está muy bien, señor Garrigues. ¿Pero no acaba usted de enunciar, pura y simplemente, una política económica de derechas?

—En primer lugar, no soy yo la persona idónea para enunciar la política económica del Gobierno, ni es ése mi propósito. Pero lo que sí diría es que éstas son las líneas de actuación capaces de sacar al país, en un plazo de un año, de la crisis en que se encuentra. Y que ésta es la única política que hay que defender si es que se propugna el sistema económico que corresponde a una democracia política. Si todo esto es de derechas o de izquierdas al país le corresponde juzgarlo, pues el país es en definitiva quien debe elegir lo que más le convenga. Y es precisamente en la valentía e imaginación del país en donde se depositan nuestras mejores esperanzas.—Pedro J. RAMÍREZ.